No es un punto y no está fijo. Louis Althusser frente a la política

Esteban Dominguez**

Resumen

Este artículo se propone recorrer algunas modulaciones en el pensamiento de Louis Althusser que muestran el carácter fundamental que el filósofo tiene para el pensamiento político contemporáneo. Se afirma que a través de los conceptos de “sobredeterminación”, “causalidad estructural” y “práctica política” es posible encontrar una interrogación solapada por tornar pensable la política en su autonomía. Lo que esconden estas formulaciones aparentemente clásicas es en realidad una pregunta insistente por el par necesidad/contingencia y por la política entre su rol de fundación/destitución de toda realidad. Detrás del olvido obligatorio que se pretendió imponer sobre el nombre de Louis Althusser, estamos ante una apuesta por pensar la historia libre de toda teleología, condición indispensable para que emerja la política en su específica radicalidad.

Palabras claves: Althusser, sobredeterminación, causalidad estructural, práctica política.

Abstract

This article intends to cover some modulations in the thought of Louis Althusser. The author show the fundamental character that the philosopher has for the contemporary political thought. It is argued that through the concepts of "overdetermination", "structural causality" and "political practice" it is possible to find a questioning undermined by making politics thinkable in its autonomy. What these seemingly classic formulations hide is in fact a persistent question about the necessity/contingency pair and the politics between their role of foundation/destitution of all reality. Behind the obligatory oblivion that was intended to impose on the name of Louis Althusser, we are before a commitment to think the history free of all teleology, an indispensable condition for the emergence of politics in its specific radicality.

Key-words: Althusser, overdetermination, structural causality, political practice.

** Doctorando en Ciencia Política; Instituto de Investigaciones, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario, CONICET, Argentina. esteban.dominguez@live.com.ar

"La tónica marxista designa el lugar en el que combatir, porque ahí se combate, para transformar el mundo. Pero este lugar no es un punto y no está fijo (...)"

Louis Althusser, *Soutenance d'Amiens*

Introducción

Estas líneas se inscriben en un esfuerzo colectivo (pues todo esfuerzo digno de ese nombre ocurre con *otros*) que diversos investigadores vienen emprendiendo por repensar la figura de Louis Althusser¹. Movidos por una sospecha trasmutada en exigencia que nos dice -no se sabe si desde algún pasado o desde algún porvenir- que el nombre de Althusser podría ayudar, aún hoy y contra todo el olvido oficial, a pensarnos en nuestro presente teórico-político.

Me propongo recorrer algunas modulaciones en su pensamiento que muestran el carácter fundamental que podría tener para nuestras interrogaciones contemporáneas. Como Althusser mismo lo ha esbozado en referencia a Rousseau, la tarea será repensar *su relación con la política*. No tanto a partir de su pertenencia al Partido Comunista Francés o sus tomas de posición frente a una determinada coyuntura (como mayo del '68 o el eurocomunismo, entre otras), sino más bien poniendo el foco en "una cierta relación con sus propias posiciones políticas, [en] una cierta forma de elaborar y plantear sus propias tesis políticas" (2013: 138). En tal sentido, podemos encontrar en el trazo de su escritura una interrogación insistente por tornar posible y pensable la política en su autonomía (de Ípola, 2007), esto es, libre de fundamentos ajenos. Constatación que nos permitiría introducirnos por múltiples caminos en el orden de lo *impensado* de sus intervenciones. Un

¹ El presente trabajo recoge parte de la investigación desarrollada para mi tesis la Licenciatura en Ciencia Política *Althusser, notas para una resemantización de la política*, elaborada durante el 2014 bajo la dirección del Lic. Emilio Lo Valvo. Parte de este escrito ha sido presentado como ponencia en el *I Congreso Latinoamericano de Teoría Social* organizado por el Grupo de Estudios sobre Estructuralismo y post-estructuralismo del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Agradezco a las comentaristas de aquellas jornadas y a los evaluadores de la revista *Leviathan* por los importantes comentarios realizados para el mejoramiento del presente escrito.

mapa de aquellos caminos es, sin más, la tarea que las investigaciones acerca de la actualidad del filósofo comunista tienen hoy por delante. En este trabajo esbozaré una porción de aquel mapa; más humildemente, uno de los senderos posibles por dibujar, el cual no sería necesariamente el primero pero bien podría considerarse preliminar para el trazado de los restantes caminos.

Este camino está balizado por algunos grandes temas contenidos en sus clásicos *Pour Marx y Lire le capital*²: el problema de la determinación y sus modalidades, la relación entre diversas esferas presuntamente autónomas, el descubrimiento de la sobredeterminación, la tópica marxista del edificio con sus pisos, la relación entre estructura y superestructura, entre fuerzas productivas y relaciones de producción, entre producción y reproducción, en fin -pero esto puede confundir-, la relación entre economía y política. Y el primer paso a dar será repensar los motivos de la pretendida distancia que Althusser buscaba indicar entre Hegel y Marx, esa búsqueda sirve de introducción y de marco general para recuperar tres conceptos importantes del althusserianismo: *sobredeterminación, causalidad estructural y práctica política*. No para analizar cabalmente cada uno de ellos, ni para pretender pasar en limpio un legado conceptual unívoco del cual hoy, nosotros lectores, seríamos herederos. Se tratará más bien de detenernos por un momento en ellos, pero no tomarnos tan en serio ese detenimiento y dejarnos desplazar por algunos cursos que la letra althusseriana misma sugiere.

² Algunos textos importantes para asir el problema de la política estarán ausentes en esta argumentación, no por falta de interés sino simplemente de espacio: *Machiavel et nous, Réponse à John Lewis, Marx dans ses limites, Politique et histoire, Écrits sur Rousseau*, etcétera. Siempre se trata de elegir. He optado, en este caso, aferrarme a la letra de *Pour Marx y Lire le capital*, pues pretendo señalar el modo en que interrogaciones solapadas en esos clásicos textos sugieren una preocupación por temas que exceden los argumentos de cierto althusserianismo consagrado. Volvemos a esas obras no porque allí encontraríamos un Althusser ‘verdadero’ que señalaría la coherencia de un desarrollo intelectual desde su origen a su fin; sino más bien porque en ellas encontramos argumentos clásicos que pueden señalar puntos de desplazamiento de una pretendida (pero inexistente) continuidad en el recorrido teórico de nuestro autor. Como es evidente, lo que está en el fondo de este gesto, es el rechazo a toda relectura de Althusser que cifre su estatuto de verdad en la periodización de su desarrollo intelectual en la temporalidad simple de la cronología.

Y esto es así porque, tal como sospecho, la emergencia de las tres categorías en el entramado argumental de Althusser significó la apertura de nuevos horizontes interpretativos por medio de un vuelco en el interior de su propia producción. Vuelco en el que de una tradición marxista, Althusser extrae los recursos necesarios para la deconstrucción de esa misma herencia. Esa operación, que acaece bajo la figura del *desplazamiento* o del *desajuste* [*décalage*] es la que mejor caracteriza la forma particular de plantear sus tesis políticas. Así, las categorías de *sobredeterminación*, *causalidad estructural* y *práctica política* emergen de manera diferenciada y a la vez entrelazada para tornar posible y pensable la política. La hipótesis es que lo que esconden algunas formulaciones (aparentemente) clásicas es en realidad una interrogación insistente por el par necesidad/contingencia y por la política entre su rol de fundación/destitución de toda realidad. Detrás del olvido obligatorio que se pretendió imponer sobre el nombre de Louis Althusser, estaríamos ante una apuesta por pensar la historia libre de toda teleología, condición indispensable para que emerja la política en su específica radicalidad.

1. De Hegel a Marx

Es necesario proceder con cautela, pues el desafío es sostener estas afirmaciones en la letra althusseriana. En lo dicho y lo no dicho, en el trazo del pensamiento que esa letra en tanto huella difiere, alude y elude en un mismo (aunque nunca único) movimiento. Además, desde Marx a esta parte sabemos que sostener la autonomía de la política implica una serie de complejidades teóricas y políticas; y es importante reconocer que la empresa althusseriana arribó a este mismo reconocimiento, sin ninguna propuesta de superación definitiva. Nuestro autor se habría expuesto, así, a un esfuerzo obsesivo e inconcluso por tornar pensable y posible la política, y lejos de un territorio alcanzado o una tierra prometida, descubriríamos que ese esfuerzo (y su eventual fracaso) resulta mucho más productivo que una pureza conceptual pretendida pero inexistente.

Desde comienzos de la década del sesenta Althusser emprendía esa tarea imposible por medio de un *rodeo teórico*: desmarcar a Marx de la filosofía hegeliana. Con un artículo publicado en la revista *La Pensée* (luego reunido en *Pour Marx*), se abrió todo un campo para la indagación teórica y política. Partiendo de la afirmación de Marx de que en Hegel “la dialéctica está puesta al revés” siendo “necesario darla vuelta, para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la envoltura mística” [1873] (2002: 20), Althusser se disponía a demostrar la inadecuación fundamental entre ambas maneras de concebir la dialéctica. Aquella expresión resultaba, en el mejor de los casos, indicativa pero altamente problemática. Más aún, inexacta. Precisamente porque no lograba echar luz sobre lo distintivo (y revolucionario) de su propia operación que *transforma lo que extrae de la dialéctica hegeliana*. Por medio de esta transformación se veían subvertidas las “estructuras fundamentales de la dialéctica hegeliana tales como la negación, la negación de la negación, la identidad de los contrarios, la ‘superación’, la superación de la cantidad en cualidad, la contradicción, etc.” (Althusser, 1983: 75). De modo que la concepción hegeliana de la contradicción no se vería superada, no se trataría de una *Aufhebung* teórica. Aún más radicalmente, aquella sería *suprimida*, viéndonos empujados a pensar en un terreno completamente distinto y, en cierto sentido, nuevo³. Por eso la tarea desafiante y acuciante del marxismo era “poner en evidencia, describir, determinar y pensar *estas diferencias de estructura*” (Íd.).

Además de infinito⁴, el problema resulta inasible por lo que un ajuste de cuentas con Hegel puede implicar para nosotros, simples cazadores de lo político. Al día de hoy cabe

³ El desarrollo filosófico del marxismo dependía de esta difícil tarea. Tal como lo señalara uno de los protagonistas de esa empresa: desentrañar la diferencia escondida con Hegel, “significa mostrar que el problema de las ‘relaciones’ entre la empresa teórica de Marx y la ideología hegeliana o post-hegeliana es, en rigor, insoluble, es decir, in formulable. In formulable precisamente porque su formulación es el gesto que recubre la diferencia, diferencia que no es ni una inversión, ni un conflicto, ni un préstamo de método, etc., sino una ruptura epistemológica” (Badiou, 1972: 12).

⁴ Althusser emprende aquella revisión de manera insistente con un doble movimiento. Por un lado desagregando por figura de la dialéctica para señalar la especificidad del paso de Hegel a Marx. Pero por otro lado, refiriendo estas particularidades a un problema común entre ellas. El asunto da para largo porque en distintos momentos el filósofo se dispuso a señalar aspecto por aspecto, pero esa tarea permaneció inconclusa

sospechar de su Marx construido a medida de una oposición con Hegel, tendiendo a encontrar demasiados lazos solidarios entre ambos. De todos modos, no es lo que me interesa probar aquí porque sospecho que aún hay mucho por pensar sobre las causas de una pretendida distancia entre los dos filósofos. Buscaré esa causa en *la pregunta por la política* porque elijo tomarme en serio la afirmación de Althusser en *Lire le capital*: "en sentido estricto, no hay *política hegeliana* posible" (2004: 106)⁵. Si de lo que se trataba era de *tornar pensable y posible la política*, el rechazo a Hegel (y por encadenamiento al marxismo tal como lo conocimos) era una tarea necesaria. Precisamente porque desde el marxismo oficial siempre se intentó hacer "jugar la Astucia de la Razón a contrapelo" (Althusser, 1983: 88), esto es, sustituyendo el principio puro y simple de la conciencia, por otro principio simple (su contrario parte a parte) la vida material de los hombres, la economía.

Para nuestro autor no había política posible mientras permaneciéramos en el terreno de la reducción de la diferencia a lo mismo, en el terreno de la unidad identitaria subyacente al desarrollo de la historia. Porque "en el horizonte de esta tentación nos encontramos con la *pendiente exacta de la dialéctica hegeliana*"; con la diferencia de que mientras antes se pretendía dar cuenta de los momentos sucesivos de la idea, ahora se trataría de los momentos sucesivos de la economía, "en virtud del mismo principio de la contradicción interna" (Íd.). El resultado no es otra cosa que "la reducción radical de la dialéctica de la historia a la dialéctica generadora de los modos de producción sucesivos, es decir, al extremo de las diferentes técnicas de producción" (Íbíd.: 89). Se sabe que esto tiene un nombre, aunque muchas máscaras: *economicismo* como emergente principal del

precisamente por infinita. No es casual que en sus textos abunden las aclaraciones acerca del carácter preliminar de sus escritos; de que se trataba a fin de cuentas de notas para una investigación (ya en curso y desde siempre aplazada).

⁵ Una afirmación excesiva como esa fue repetida por Althusser (quizás con intenciones específicas, que sería oportuno en otro trabajo analizar) en diversos momentos de su producción desde *Pour Marx* a la soledad de los años ochenta en *Le courant souterrain du matérialisme de la rencontre*.

esencialismo marxista. Y tiene, también, un doble resultado encadenado: la afasia del pensamiento y la inacción política.

Pero resistir a la tentación hegeliana era una tarea difícil. Si el propio Marx no pudo hacerlo ¿cabe pensar que Althusser podría? Nuestro autor habría comprendido tempranamente que no se trataba sólo de una opción (o de una apuesta) sino también de una necesidad. La de escapar de las filosofías de la historia, del Origen y el Fin, es decir, de las concepciones de un sentido de la Historia, que fueran a su vez una historia del Sentido. Y esa era una tarea *necesaria* porque de otra manera no habría lugar para la política; para que ella entre en juego era necesario desplazarla del marco conceptual que la ubicaba como expresión de una historia escrita de antemano. Ese desplazamiento es impulsado por Althusser inscribiéndose en el vocabulario, los conceptos y la historia del marxismo oficial. Pero por la perspicacia de su lectura sintomática aquellos conceptos son expuestos a su propia deconstrucción; como si tomara de una herencia marxista los recursos necesarios para su dislocación. De esta forma, viejos conceptos del marxismo (como los de estructura y superestructura) podrían tener otros significados que a lo largo de la historia del pensamiento fueron persistentemente neutralizados. También, podría habilitar que nuevos conceptos (como los de *sobredeterminación* o *causalidad estructural*) vengan a descoyuntar aquello que ya aparecía fastidiado desde el origen.

Antes de avanzar se impone destacar dos cuestiones más. Primero, resaltar que estamos intentando seguir el trazo de la letra althusseriana, por las preguntas sin respuestas y por las respuestas sin preguntas; estamos siguiendo *el trazo de su inconsciencia*. En tanto tal, estas líneas son una aventura donde intentamos captar el desarrollo de un pensamiento (el althusseriano) como un proceso sin fin(es), sin un punto de llegada teórica, y menos aún, un punto preestablecido o fijado a priori. Porque, por otro lado (y aquí la segunda aclaración), la clave de lectura que propongo para aproximarnos al

filósofo es que el supuesto punto de llegada de su teoría⁶ es siempre un nuevo punto de partida por someterse en su devenir a su propia inadecuación de partida y de arribo. En específico, en estas líneas intento mostrar de qué modo categorías tan importantes para el marxismo son recuperadas y utilizadas hasta el extremo de revelarse incongruentes. Si Althusser ha intentado dar cuenta de la historia como "la revocación permanente del hecho consumado" (2002: 39), su escritura es ella misma la revocación permanente de una teoría consumada por medio de otro hecho indescifrable a consumir. Hecho que señala el suelo frágil (y movable), que indica el abismo sobre el que cualquier teoría, o hecho, permanece expuesto a la espera de su ineluctable descalabro. Esta situación resulta altamente productiva para un pensamiento sobre la política que hasta aquí ha demostrado serias limitaciones para traspasar sus confines semánticos prefijados, porque es desde allí y contra esos límites que emerge el reconocimiento del carácter fundante, en ausencia de fundamentos, de la política.

2. Sobredeterminación (sobre el origen de la desigualdad)

Desde el Prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política* nuestra concepción de la historia y de la sociedad está balizada por una metáfora arquitectónica:

en la producción social de su vida, los seres humanos contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, las relaciones de producción, que corresponden a un determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio jurídico y político y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social (Marx, [1859] 2005: 192)

La historia del marxismo podría ser narrada como los sucesivos intentos de interpretar esta metáfora: suscribiéndola, complejizándola o rechazándola, todos han

⁶ En sintonía con esto véase *¡Vuelve a callarte, Althusser!* (Balibar, 2004b: 49-74)

debido pensar con o contra ella. Las tres actitudes están presentes también en la recuperación que realiza Althusser del prólogo. Suscribe, porque sabe que sin ella no sería posible ninguna comunicación es decir, ningún combate hacia el interior del marxismo. Complejiza, pues con ella el marxismo había alcanzado posiciones ridículamente economicistas que ni el propio filósofo de Tréveris hubiera imaginado. Rechaza, porque sabe que su empresa por tornar posible y pensable la política debe ir -en algún sentido, que sería necesario especificar- contra Marx y el marxismo mismo. Y este rechazo se debe a que no se trataría de una insuficiencia terminológica que no pudiera asir lo complejo del embrollo; sino de algo más grave, de una inadecuación fundamental (es decir, originaria) entre las palabras que disponemos y la radicalidad de la empresa por delante.

Althusser sabía que para intervenir eran necesarias las palabras. Palabras que por momentos las intentará aclarar, especificar insistentemente. Palabras que en otras ocasiones las dejará fluir casi descuidadamente porque sabía también que en filosofía sólo es posible pensar mediante metáforas; aún más, sólo mediante aquellas que no hemos elegido nosotros y que nos han sido legadas, impuestas. Con y contra ellas, entonces, nuestro autor escribe: “es una metáfora y, exactamente, una metáfora espacial: la de un tópico. Tal como toda metáfora, ésta sugiere, permite ver algo” (2008b: 108). ¿Qué es lo que permite ver? Que los pisos superiores no podrían flotar en el aire, que requieren de su base. Tiene por objeto, entonces, representar el hecho de *la determinación en última instancia* por la base económica. De ahí Althusser deriva una doble conclusión: “1. hay una autonomía relativa de la superestructura respecto a la base; 2. Hay una acción de retorno de la superestructura sobre la base” (2008b: 109). Con la tópica marxista tendríamos entonces la ventaja teórica de mostrar en un mismo movimiento la cuestión fundamental de la determinación económica, y la eficacia propia de la superestructura sobre su base. Seguimos, sin embargo, en un punto ya conocido, aunque no por eso menos problemático, en el que las mejores producciones del marxismo -como las de Lenin, Mao y Gramsci- se han movido y han reconocido sus límites.

Nuestro autor se moverá en esa misma tensión pero afirmará que en la práctica política (con la experiencia de las revoluciones rusa, china y cubana) el camino había sido hollado. El problema no es que no se hiciera política, sino que con los conceptos que disponemos no podemos dar cuenta de ella. El desafío sería aguzar el oído para "saber escuchar la política allí donde ella nace y se hace" (Althusser, 2008a: 308). De ahí que el concepto de *sobredeterminación* resulte tan importante en la producción althusseriana, precisamente porque viene a operar como un *índice* de la pretendida congruencia de las dos conclusiones que enumerábamos recién (determinación económica en última instancia / autonomía relativa de las superestructuras). Pero al mismo tiempo en que es un índice, el concepto es un *problema* precisamente porque en su emergencia se expresa la incongruencia de esas dos tesis. Paradójicamente, aquello que vendría a dar coherencia a un esquema es lo mismo que señala su irremediable desajuste.

Permanezcamos, por un momento, unas líneas más acá de la noción de *sobredeterminación*. Decíamos que la historia de la lucha de clases podría orientarnos, y Althusser ilustra el problema con el tema leninista del *eslabón más débil*, es decir, el axioma de que una cadena vale lo que vale su eslabón más débil. Según nuestro autor, este axioma no inspira a Lenin solamente en su teoría del partido revolucionario y en los medios de la política, sino que también inspira su reflexión en la revolución misma, aportando una clave para responder *por qué fue posible la revolución en Rusia*. Los argumentos son conocidos y Althusser pasa a detallar de qué manera, por medio de qué contradicciones interiores y exteriores Rusia se había convertido en *el eslabón más débil de la cadena imperialista*. El resultado también lo sabemos, Octubre de 1917 y la inauguración del Siglo XX tal como lo conocimos. La causa: una nación "*a la vez, en retardo de por lo menos un siglo en relación con el mundo imperialista y, al mismo tiempo, a su cabeza*" (1983: 78). Aquellos que no lograban ver esta situación, eran los que confiaban demasiado en la contradicción reducida a su purificación, es decir, a su abstracción entre el Capital y el Trabajo. Pero la contradicción real se confundía a tal punto que resulta imposible desmalezarla de las circunstancias que enumeraba Althusser, esta contradicción no es "discernible, identificable ni manuable sino

a través de ellas y en ellas”. De modo que ya no podríamos hablar de la “contradicción” en general, precisamente porque las circunstancias en las que ella habita no son su simple fenómeno:

la ‘contradicción’ es inseparable de la estructura del cuerpo social todo entero, en el que ella actúa, inseparable de las condiciones formales de su existencia y de las instancias mismas que gobierna; ella es ella misma *afectada*, en lo más profundo de su ser por dichas instancias, determinante pero también determinada en un solo y mismo movimiento, y determinada por los diversos niveles y las diversas instancias de la formación social que ella anima; podríamos decir: *sobredeterminada en su principio* (Ibíd.: 81).

Aparece, así, ese concepto que Althusser reconoce no haberlo inventado. Y si bien parecía que nos habíamos alejado de la disputa con Hegel, nuestro autor la vuelve a colocar en el centro del argumento, porque la contradicción hegeliana (y del marxismo vulgar que simplemente dio vuelta los términos, conservándolos) nunca estuvo y nunca estará sobredeterminada, allí la conciencia no tiene sino un *centro*, que es el único que la determina (Ibíd.: 82). Empezamos a ver por qué esa insistencia en demostrar, es decir *inventar*, una dialéctica marxista que sea radicalmente distinta. Si la situación revolucionaria que describía Lenin se explicaba en el carácter sobredeterminado de la contradicción fundamental (y fundante) para el marxismo, y si esta situación excepcional se hace extensible a todo acontecimiento histórico,

es necesario interrogarse, tal vez, sobre lo *excepcional* de esta ‘situación excepcional’ y si, como toda excepción, ésta no aclara la regla, sino que es, a espaldas de la regla, *la regla misma*. Ya que, al fin de cuentas *¿no estamos siempre en la excepción?* (...) Excepciones, pero *¿en relación a qué?* Si no es en relación con una cierta idea abstracta pero cómoda, tranquilizante, de un esquema ‘dialéctica’ purificado, simple que, en su simplicidad misma, había guardado la memoria del modelo hegeliano, y la fe en la ‘virtud’ solucionadora de la contradicción abstracta como tal: la ‘bella’ contradicción entre Capital y Trabajo (Ibíd.: 85).

De modo que la contradicción aparentemente simple está sobredeterminada no como un simple agregado, sino que está *ya desde siempre* sobredeterminada ⁷. Imposibilitando que la contradicción Capital-Trabajo sea alguna vez simple, o mejor dicho, que la existencia de categorías económicas simples también son el resultado excepcional de la historia. Tal como ya lo indicara Marx en su introducción a la Crítica de la economía política: "la categoría económica más simple (...) nunca puede existir sino como relación abstracta, unilateral, de un todo concreto viviente ya dado" [1857] (2005: 184). Es en este punto donde Althusser nos dice que la excepción se descubre como regla, *la regla de la regla*. Unos años antes, hacia 1959 en su pequeño trabajo sobre Montesquieu, se anticipaba: "¡el propio Dios resulta afectado, desde el interior, por el contagio universal de la ley!" (1979: 37). Esbozando así una constatación fundacional para una concepción de la causalidad de nuevo tipo: la propia Ley es cuestionada mediante un vuelco interior que la hace, a ella misma, sinónimo de cuestionamiento. Y no es casual que este descubrimiento sea realizado por medio de la experiencia política —¿la práctica política? No nos adelantemos—. Ella es la que señala el desajuste y el carácter excepcional de toda situación impulsándonos a descubrir el desajuste en la fantasía del despliegue sucesivo de los Modos de Producción y en la propia metáfora arquitectónica del marxismo. Descubriendo así *el origen de la desigualdad* (el desquicio originario y perpetuo) de la historia.

Podemos ahora volver a pensar los términos de la tópica: por un lado la estructura (base económica compuesta por las fuerzas de producción y las relaciones de producción); por otro lado la superestructura (las formas políticas, jurídicas e ideológicas). Y contra todo esquematismo, será necesario advertir que las cosas no ocurren de manera tan simple, porque en Marx "la identidad tácita (...) de lo económico y de lo político desaparece en

⁷ O, también, *subdeterminada*. Unos años después, nuestro autor explicaba en *Soutenance d'Amiens*: "si se toma en serio la naturaleza del todo marxista y de su desigualdad, se debe llegar a la idea de que esta desigualdad se reflejaba necesariamente en la forma de la sobredeterminación o de la subdeterminación de la contradicción. Obviamente, no se trata de concebir la sobredeterminación o la subdeterminación en términos de adición o sustracción de un quantum de determinación añadido o retirado a una contradicción preexistente, que llevaría en alguna parte una existencia por cuenta propia. La sobredeterminación o la subdeterminación no constituyen excepciones respecto a una contradicción pura" (2008a: 229).

provecho de una *concepción nueva* de la relación de las *instancias determinantes* en el complejo estructura-superestructura que constituye la esencia de toda formación social” (Althusser, 1983: 91). Estableciendo dos extremos de la cadena (la determinación en última instancia por la economía, y la autonomía relativa de las superestructuras) vemos abierto el espacio para pensar la relación, es decir, el *desajuste* de ambos extremos: situándonos en el centro mismo de las tensiones que suscita la coexistencia de dos lugares distintos e indisolubles, investigando sus límites, intentando comprender su contingencia y su necesidad. Ese desajuste es el que pasaría a obtener en el marxismo althusseriano un estatuto ontológico:

Esta *sobredeterminación* llega a ser inevitable y pensable, desde el momento en que se reconoce la existencia real, en gran parte específica y autónoma, irreductible, por lo tanto, a un puro fenómeno, de las formas de la superestructura y de la coyuntura nacional e internacional. Es necesario entonces ir hasta el fin y decir que esta sobredeterminación no está basada en situaciones aparentemente singulares y aberrantes de la historia (...), sino que es *universal*. Jamás la dialéctica económica juega *al estado puro*. Jamás se ve en la Historia que las instancias que constituyen las superestructuras, etc., se separen respetuosamente cuando han realizado su obra o que se disipen como su puro fenómeno, para dejar pasar, por la ruta real de la dialéctica, a su majestad la Economía porque los Tiempos habrían llegado. Ni en el primer instante ni en el último, suena jamás la hora solitaria de la ‘última instancia’ (Ibíd.: 93)

Puede evaluarse la novedad, y el riesgo, de estas consideraciones a la luz de las objeciones que generó dentro del Partido Comunista Francés, resumidas por Althusser en dos reproches: 1. poniendo el acento sobre la discontinuidad Hegel/Marx, ¿qué pasa con el núcleo racional de la dialéctica hegeliana, la dialéctica misma y, en consecuencia, *El capital* y la ley fundamental de su tiempo?; 2. sustituyendo la concepción monista proponiendo el concepto de sobredeterminación, ¿qué pasa con la necesidad histórica, su unidad, el papel determinante de la economía, otra vez, la ley fundamental de nuestro tiempo? Contra las certezas del marxismo y por medio de la excepción, esto es, por medio del reconocimiento del carácter fundante de la excepción, todo aquello que pretendíamos seguro se vería

conmovido. Y no es casual que esa expresión –“la ley fundamental de nuestro tiempo” (Ibíd.: 133)- sea repetida dos veces con dos oraciones de distancia. Ese reconocimiento implicaba demasiado, al tiempo que era sólo una constatación preliminar para emprender una investigación en sus consecuencias.

En adelante se abren dos caminos, relacionados pero a la vez posiblemente opuestos. Por un lado, la investigación acerca de la eficacia específica de las superestructuras y otras circunstancias usualmente consideradas por la ortodoxia marxista como epifenómenos. Por el otro, la investigación acerca del carácter *esencialmente* desajustado de toda formación social y del consecuente rol de la política en este embrollo⁸. El primero es el que enuncia explícitamente Althusser, mientras que el segundo es lo que subyace como consecuencia radical de su argumentación. Consecuencia que una vez asumida implicaría varios compromisos más que nos obligarían no sólo a seguir descubriendo los trazos superestructurales, sus efectos y circunstancias, sino también a poner a prueba la tópica marxista como metáfora indicativa. Por el momento, pareciera ser posible no escoger entre un camino y otro. La productividad de ambos aún hoy está a la vista y las propias intervenciones althusserianas son una prueba de ello. Así, la elección de no optar por uno u otro, no implica la ausencia de compromisos o una opción por la cómoda afirmación de vaguedad y eclecticismo. Pues, como ha dicho Derrida, “entre estas dos formas de deconstrucción la elección no puede ser simple y única”. Por el contrario, nos impone la tarea de enfrentarnos a una nueva escritura que teja y entrelace los dos motivos

⁸ En una disyuntiva próxima a ésta, ha dicho Jacques Derrida: “(...) no tenemos, desde el adentro donde «estamos nosotros», más que la elección entre dos estrategias: 1. Intentar la salida y la deconstrucción sin cambiar de terreno, repitiendo lo implícito de los conceptos fundadores y de la problemática original, utilizando contra el edificio los instrumentos o las piedras disponibles en la casa, es decir, también en la lengua. El riesgo aquí es confirmar, consolidar, o revelar sin cesar en una profundidad siempre más segura aquello mismo que se pretende deconstruir. La explicitación continua hacia la apertura corre el riesgo de hundirse en el autismo del cierre. 2. Decidir cambiar de terreno, de manera discontinua e irruptiva, instalándose brutalmente fuera y afirmando la ruptura y la diferencia absolutas. (...) [H]abitando más ingenuamente, más estrechamente que nunca el adentro que se declara desertar, la simple práctica de la lengua reinstala sin cesar el «nuevo» terreno sobre el más viejo suelo” (1994: 173).

siendo necesario “hablar varias lenguas y producir varios textos a la vez” (Derrida, 1994: 173).

Quisiera ahondar, con una vuelta final por este apartado, en esa cualidad políglota del texto althusseriano. En las primeras páginas de *Idéologie et appareils idéologiques d'État* el autor parte de una evidencia incontestable señalada por Marx: “hasta un niño sabe que una formación social no sobrevive (...) si no reproduce las condiciones de producción al mismo tiempo que produce. La reproducción de las condiciones de producción es, entonces, la condición última de la producción” (2008b: 102). Ahora bien, si continuamos con su lectura, en pocas páginas nos dejamos llevar por un desplazamiento significativo. Como se sabe, hablar de la condición última es también hablar de la condición primera. No se trataría sólo -reconoce Althusser rápidamente- de una sobrevivencia de la formación social para la cual la reproducción debería trabajar, sino más radicalmente de su *existencia*: “para existir, toda formación social debe -al mismo tiempo que produce y para poder producir-reproducir las condiciones de su producción” (Ibíd.: 103). Por eso, es a partir de la *reproducción* que

es posible y necesario pensar lo que esencialmente caracteriza la existencia y la naturaleza de la superestructura. [...] Nuestra tesis fundamental es que no es posible plantear estas cuestiones (ni, por tanto, responderlas) si no se las plantea *desde el punto de vista de la reproducción* (Ibíd.: 110)

La misma preocupación puede encontrarse entre los integrantes del grupo que allá por 1964 se reunía en torno a *El Capital* junto a su maestro lector. Así, Étienne Balibar llegaba a una conclusión similar enseñándonos que la producción es ya ella misma una totalidad compleja; que todo proceso de producción es al mismo tiempo proceso de reproducción. En este sentido, “el ‘primer’ proceso de producción es *siempre-ya* proceso de reproducción. No hay, para la producción, tomada en su concepto, ‘primer’ proceso de

producción" (Balibar, 2004a: 296)⁹. Vemos así que de la constatación del carácter especular, accesorio y suplementario de la reproducción Althusser y su círculo de complicidades irán avanzando hacia una lectura donde la oposición entre producción y reproducción se revela impertinente.

Althusser habría procedido mediante una lectura deconstructiva de toda polarización al encontrar que los extremos no son separables y que son íntimamente solidarios¹⁰. Estamos frente a instancias que se creían delimitables pero que llegado a un punto de la investigación se revelan imposibles de recortar y establecer de manera fija. El resultado no es el abandono sin más de aquellas categorías sino el descubrimiento de la productividad heurística que permanecía latente en ellas. La *reproducción*, presupone (y presupone) por definición en el proyecto althusseriano una *invariancia*: "las condiciones de producción son en sí mismas incesantemente reproducidas de forma que aseguren la continuidad de la producción" (Balibar, 2004b: 60) y, en consecuencia, de la dominación de clase. De esta forma, la reproducción sería garante de la invariancia, sería un proceso suplementario en el desenvolvimiento de la *diosa producción*, o del auto-despliegue de la misma. Pero casi imperceptiblemente nos vemos desplazados en la letra althusseriana hacia

⁹ Argumentos similares son esbozados, por ejemplo, por Michel Pêcheux (ver más adelante nota nº 13) y por Pierre Macherey. Este último -si bien de una manera lateral al hacer referencia a la literatura- explica en su *Pour une théorie du reproduction littéraire* que la literatura sólo se produce reproduciéndose: "las obras, no son en absoluto 'producidas' como tales sino que sólo empiezan a existir a partir del momento en que son 'reproducidas', teniendo esta reproducción el efecto de dividir las en sí mismas, cruzando la fina línea de su discurso de forma que se hace aparecer en él todo un espacio de desviación y juego en el que se insinúa una posibilidad indefinida de variaciones. *En vez de ser producida sólo una vez en su lugar y en su tiempo, la obra no tiene realidades -en plural- sino en esa reverberación que la constituye al mismo tiempo que la dispersa*" (1998: 47. Traducción y cursiva de E. D.).

¹⁰ Del mismo modo, la oposición entre fuerzas productivas y relaciones de producción se desdibujaba porque el problema de la reproducción venía enlazado de manera orgánica al de las relaciones de producción. Althusser, en *Sur la reproduction* (2014), al preguntarse a qué elemento asignarle su primacía teórica y política, respondía con contundencia a favor de la primacía de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas. Pero el asunto no era sencillo, porque hablar de la primacía de las relaciones de producción por sobre las fuerzas productivas escondía una elección: hablar de la primacía de la contingencia, del primado de la relación sobre los elementos. De modo que, esta opción no es una elección entre uno de los dos términos del par mencionado, sino una afirmación por lo que conmueve aquella oposición.

la *primacía del punto de vista de la reproducción*, de lo que resulta una consecuencia lógicamente opuesta:

en vez de fundar las variaciones históricas en una invariancia, significa que toda invariancia (relativa) presupone una relación de fuerzas. O, si se quiere, que toda continuidad estructural es el efecto necesario de una contingencia irreductible en la que en cada momento, reside la posibilidad de una crisis (Ibíd.: 61).

Sin encontrar un punto preciso de quiebre o bifurcación vemos de qué manera un concepto como el de *reproducción* que venía a operar como un anclaje suplementario a la invariancia, esto es, a la continuidad estructural de un modo de producción, en un mismo movimiento aparece como aquel que señala la posibilidad (en todo momento y desde siempre) de su transformación. Tal como nos indicó Balibar, la particularidad del concepto de reproducción social corresponde por completo a ese vuelco interior, siendo Althusser mismo quien nos enfrenta a una apertura de la teoría marxista en el momento mismo en que se demuestran sus límites. Curiosamente una categoría que por definición estaría ligada a la tarea de anclaje y reaseguro es la que nos permite iniciar una deconstrucción del par marxista en el que venía a inscribirse¹¹.

Tenemos, entonces, dos procesos en uno: *(re)producción*. De ahí que algo así como una distinción entre la política como reproducción y la política como transformación se revele impertinente¹². Althusser nos propone (por necesidad, o simplemente por

¹¹ En Laclau y Mouffe se percibe un movimiento similar mediante la consideración de la *hegemonía* como una categoría ligada a la idea de fijación de sentido que, paradójicamente, nos abre a la experiencia de su dispersión: “la lógica de la hegemonía se presentó desde el comienzo como una operación suplementaria y contingente, requerida por los desajustes coyunturales respecto a un paradigma evolutivo cuya validez esencial o ‘morfológica’ no era en ningún momento cuestionada. (...) Por eso la ampliación de las áreas de aplicación del concepto, fue acompañada de la expansión del campo de las articulaciones contingentes y de la retracción al horizonte de la teoría de la categoría de ‘necesidad histórica’, que había constituido la piedra angular del marxismo clásico” (Laclau y Mouffe, 2008: 27).

¹² Más directamente lo señalaba Michel Pêcheux: “al escribir ‘reproducción/transformación’, pretendo designar el carácter nodalmente contradictorio de *cualquier* modo de producción (...). Esto significa, en particular, que considero un error ubicar en diferentes lugares, por un lado, lo que contribuye a la reproducción de las relaciones de producción, y por el otro, lo que contribuye a su transformación” (Pêcheux, 2003: 157).

incapacidad de pensarlo de otra manera), un *juego de desplazamiento* constante en el que el anunciado intento por asir las esferas de lo económico y lo político delimitándolas en su especificidad, en su rol y en sus índices de eficacia, se revela imposible. Así, frente a los conceptos que venían a aparecer para la tranquilidad marxista como el ordenamiento de lo propiamente económico y lo propiamente político, emerge aquello que define la especificidad de cada término desgarrándolo y obligándonos a pensar su carácter incompleto y solidario con el otro. Lejos de desesperarse, aunque sí viviendo mal esa disyunción, nuestro filósofo habría aprehendido "la productividad heurística consistente en pensar los grandes conceptos, las palabras de larga duración de nuestro léxico político" - agreguemos- *marxista*, "no como entidades en sí cerradas, sino como 'términos', marcas de confín, y al mismo tiempo lugares de superposición contradictoria, entre lenguajes diversos" (Esposito, 2006: 8). Siguiendo una sospecha de Pierre Macherey (1974) podemos destacar que la palabra clave con la cual comprender el *estructuralismo* althusseriano no sería la de *estructura* sino más propiamente la de *desplazamiento*: de la estructura a la superestructura cuando pretendemos asir la tópica marxista, de la producción a la reproducción cuando pretendemos pensar esa tópica en movimiento en una formación social concreta. En fin, y para simplificar, de la economía a la política, en ese trayecto, en esa *sobredeterminación*, en el que no podemos permanecer en un punto fijo.

3. Causalidad estructural (la inmensa revolución teórica de Marx)

Hablamos hasta recién de un desplazamiento en las disquisiciones de Althusser, de un desajuste latente en cada texto. Si sus preocupaciones sobre cómo trazar una línea de demarcación entre Marx y Hegel comenzaron siendo un problema epistemológico, con el correr de las páginas la argumentación se transformaba en un problema político porque allí residía la posibilidad misma de la práctica política. Pero hay algo más, lo que estaba en juego también era el *problema de la génesis histórica de toda realidad*. Precisamente entre

epistemología, política y ontología¹³ es donde se encontraría *la inmensa revolución teórica de Marx*. Presente en la problemática marxiana por medio de la ausencia del concepto de *la eficacia de una estructura sobre sus elementos*, verdadera *piedra angular* -al decir de Althusser- visible-invisible, ausente-presente de toda su obra. Ese concepto, siguiendo algunas precarias referencias de Marx y Spinoza, llevará en Althusser el nombre de *causalidad estructural*. El cual venía a expresar la modalidad de la determinación mediante una estructura: *la producción de todo elemento como efecto estructural*.

Este descubrimiento subvertía el terreno de la concepción empirista de la economía política clásica que pensaba a los fenómenos económicos dependiendo de un espacio plano “donde reinaba una causalidad mecánica transitiva” (Althusser, 2004: 197), o *causalidad lineal*. Pero también subvertía el terreno de un tipo de causalidad que estaba destinada a pensar de una manera específica la eficacia del *todo* (como *totalidad*) sobre sus elementos: *la causalidad expresiva*, inscripta en una tradición marcada por Leibniz y Hegel. Frente a esto, Althusser oponía la categoría de *causalidad estructural* para dar cuenta de *la determinación de un todo* (entendido, esta vez, como *todo sin clausura*) *sobre sus elementos*. A esta altura, bien se entiende que la referencia al todo no es aquí asimilable a la totalidad hegeliana sino que ésta aparece como un concepto de nuevo tipo originado por el reconocimiento de la especificidad de la dialéctica marxista, de su particular modo de comprensión del tiempo histórico y de su desajustado desarrollo.

Al ahondar en esa inmensa revolución teórica, Althusser nos enseña que Marx presentó los fenómenos económicos¹⁴, a contrapelo de la economía política clásica,

¹³ Sobre este punto véase: “Structural causality, overdetermination and antagonism” de Étienne Balibar (1992). Por otro lado, para un abordaje al pie de la letra del concepto de *causalidad estructural* en *Lire le capital*, y de las variaciones sobre este tema entre las ediciones de 1965 y de 1968, ver: “The concept of Structural Causality in Althusser” de Vittorio Morfino (2015).

¹⁴ Hablo de fenómenos económicos porque es lo que en las páginas de *Lire le capital* se intenta pensar. Desde la particularidad de esas referencias, propongo al lector que donde se lea “fenómeno económico” o “lo económico”, sea leído *cualquier* fenómeno o elemento, precisamente porque lo que la categoría de *causalidad estructural* viene a indicar es la modalidad de constitución de todo elemento.

no en la infinitud de un espacio plano homogéneo, sino en una región determinada por una estructura regional inscrita en un lugar definido de una estructura global; por lo tanto, como un espacio complejo y profundo, inscrito a su vez en otro espacio complejo y profundo (Ibíd.: 197).

Pero el autor duda de los términos empleados, desconfía de esa noción de *profundidad* que amenaza con ligarlo a aquello mismo de lo que pretendía desmarcarse al aproximarse a la idea de *un sentido* como presencia oculta detrás de un ardid de múltiples máscaras. Por eso sugiere abandonar las metáforas espaciales, tachar la referencia a la profundidad e insistir en su naturaleza compleja:

definir los fenómenos económicos por su concepto es definirlos por el concepto de esta complejidad, es decir, por el concepto de la estructura (global) del modo de producción, en tanto que ella determina la estructura (regional) que constituye los objetos económicos y determina los fenómenos de esta región definida, situada en un lugar definido de la estructura del todo. En el nivel económico propiamente dicho, la estructura que constituye y determina los objetos económicos es la estructura siguiente: unidad de las fuerzas productivas/relaciones de producción. El concepto de esta última estructura no puede ser definido fuera del concepto de la estructura global del modo de producción (Ibíd.: 197-198).

De esa *complejidad compleja*, Althusser desprenderá tres consecuencias. La primera pone el énfasis en la cuestión de *la singularidad*, afirmando que lo económico sólo podría definirse como tal en relación con la constitución de cada modo de producción, lo mismo, en relación con lo político, lo ideológico, etcétera. La segunda señala la inconmensurabilidad entre los fenómenos económicos, políticos o ideológicos precisamente porque sus objetos ya no son homogéneos entre sí, ni susceptibles de comparación y de medida. La tercera se desprende de las anteriores: a partir de aquí se necesita "otro concepto para dar cuenta de la nueva forma de causalidad requerida por la nueva definición del objeto de la economía política, por su complejidad, es decir, por su determinación propia: la determinación por una estructura" (Ibíd.: 199). La forma de esta estructura es entreverada, la línea de la determinación sobre sus elementos es más espesa de lo que parece a primera vista, "está cargada de reminiscencias, de arrepentimientos, de

repeticiones y también de ausencias” y el objeto de esta determinación “también múltiple, no está replegado sobre sí mismo en un perfecto redoblado, sino al contrario, desplegado en esas mil faces que son tantas realidades separadas, discontinuadas, hostiles” (Macherey, 1974: 99). Esa determinación estructural lejos está de decirnos o no decirnos algo que sería su *secreto*; porque ella escapa, ya no se pertenece, porque es ella misma afectada por las determinaciones que genera.

Es fácil advertir que no estamos aquí con una teoría finalmente encontrada sino con un problema mayúsculo. Pero descubrimos que éste es el reconocimiento de un nuevo punto de partida, siendo los problemas teórico-políticos resultantes síntomas del riesgo que asumimos, del espacio abierto frente a nosotros. Es por eso que en las páginas restantes de *Lire le capital* Althusser procedía de manera tan errática caminando con más preguntas que respuestas. Una de ellas se formula más de una vez en esas páginas *¿cómo definir el concepto de causalidad estructural?* Nuestro autor reconocía la dificultad para responderla, porque habiendo planteado el problema de un todo estructurado, es decir, un todo que posee un tipo de unidad diferente al tipo de unidad de la filosofía, sea cartesiana o hegeliana, estábamos frente al planteamiento de un problema absolutamente nuevo casi sin referencias filosóficas para elaborarlo y resolverlo. Con una excepción, la solitaria anticipación de Spinoza.

Es esta situación la que explica también la invención del concepto de *sobredeterminación*, el cual nos permitía aproximarnos a una tentativa de respuesta delante de la pregunta por el concepto pertinente para pensar la determinación de una estructura por otra estructura. Y es este problema el que Marx mismo intentó pensar, dice Althusser, por medio del concepto de *Darstellung*, *que tenía por objeto designar ese modo de presencia de la estructura en sus efectos*. Así, nuestro filósofo llegará a una conclusión que vale la pena recuperar de manera íntegra:

la estructura no es una esencia *exterior* a los fenómenos económicos que vendría a modificar su aspecto, sus formas y sus relaciones y que sería eficaz sobre ellos como causa ausente,

ausente ya que exterior a ellos. *La ausencia de la causa en la 'causalidad metonímica' de la estructura sobre sus efectos no es el resultado de la exterioridad de la estructura en relación a los fenómenos económicos; es, al contrario, la forma misma de la interioridad de la estructura como estructura, en sus efectos.* Esto implica, entonces, que los efectos no sean exteriores a la estructura, no sean un objeto, un elemento, o un espacio preexistentes sobre los cuales vendría a *imprimir su marca*; por el contrario, esto implica que la estructura sea inmanente a sus efectos, causa inmanente a sus efectos en el sentido spinozista del término¹⁵, de que *toda la existencia de la estructura consista en sus efectos*, en una palabra, que la estructura no sea sino una combinación específica de sus propios elementos no sea nada más allá de sus efectos (Ibíd.: 204).

Este movimiento al pie de la letra señala una infinidad de problemas por pensar, pero precisamente por eso indica su actualidad. Es esta la marca del materialismo de Althusser, como él mismo propuso al inicio de *Pour Marx, una vez destronados los dioses del principio y de los orígenes en una vida que comienza a nacer*. Luego de esta tachadura sobre la trascendencia puede, sin embargo, pensarse una nueva noción de necesidad surgida de una ausencia. Siendo la estructura el propio lugar de la diferencia, estando por principio *ausente* de la relación que ella explica, y teniendo como su rasgo más propio su extrañamiento, su exposición, su descentramiento: su *desplazamiento*. Siguiendo esta huella, podemos concluir con Montag, que el concepto de estructura tal como emerge en la producción althusseriana nos conduce "hacia una noción de estructura como singularidad y como una forma de causalidad enteramente inmanente en sus efectos" (2013: 11. Traducción de E. D.), abriendo la posibilidad de teorizar un determinado desorden en la historia, irreductible tanto a la *contingencia* como a un *orden final* del cual él no fuera más que su función.

¹⁵ Véase, en este sentido, la *proposición XXVIII* de la parte I de la *Ética* [1677]: "Ninguna cosa singular, o sea, ninguna cosa que es finita y tiene una existencia determinada, puede existir, ni ser determinada a obrar, si no es determinada a existir y obrar por otra causa, que es también finita y tiene una existencia determinada; y a su vez, dicha causa no puede tampoco existir, ni ser determinada a obrar, si no es determinada a existir y a obrar por otra, que también es finita y tiene una existencia determinada, y así hasta el infinito" (Spinoza, 2011: 93).

En su lectura de Maquiavelo¹⁶, Althusser había demostrado que el fiorentino no se encontraba allí donde la historia del pensamiento político pretendía colocarlo: el de haber sido el fundador de la ciencia política moderna y del razonamiento propio del conocimiento científico próximo a Galileo. Ese razonamiento no sería otro que el dependiente de la *causalidad lineal*, intentando pensar la variación de los elementos uniéndolos en una relación constante, acorde al modo positivo del ‘es así’ y del ‘he aquí las leyes’ (Althusser, 2008a: 336). Pero si fuera este el aporte de Maquiavelo no comprenderíamos por qué su príncipe nos deja desconcertados: al día de hoy estamos hartos de la *causalidad lineal* de la que Althusser intentaba desmarcar al marxismo, de la que sus efectos -como leyes históricas inmovibles- nos destinan a ser simples víctimas de un desarrollo ineluctable. Debería ser otro el tipo de conocimiento que produce y nos deja desconcertados. Debería ser otra su novedad justamente porque Maquiavelo se coloca como el precursor de un nuevo conocimiento. En este análisis Althusser no menciona el concepto de *causalidad estructural*, pero si aguzamos la mirada podemos percibirlo presente (en su ausencia): proscribiendo cualquier exterioridad (y su reverso, la profundidad), tachando cualquier trascendencia detrás de la que resta algo que aún sigue siendo perceptible. Es a partir de allí que Althusser toma nota y esboza la necesidad de continuar con aquel gran descubrimiento de Marx, el descubrimiento del *continente historia*; avanzando en la construcción de otro concepto de complejidad histórica que descansa en supuestos epistemológicos, políticos y ontológicos nuevos.

¹⁶ La bibliografía sobre este tema abunda, me limito a hacer referencia a mi propio ensayo de lectura: “La lección de Maquiavelo. Louis Althusser hacia una resemantización de la política” (Dominguez, 2015).

4. Práctica política (la posibilidad de una política general)

Y finalmente la política, porque nunca hemos abandonado la pregunta por ella. ¿En qué consistiría aquello que llamamos con ese nombre? *Lo político* sería, en el vocabulario propiamente althusseriano, uno de los niveles pertenecientes a determinado modo de producción, así como lo ideológico, lo económico, etcétera. En tanto tal, el concepto de ese nivel o región debería ser construido para cada modo de producción. Otra vez, estamos en una zona terminológica afín a todo aquello que intentamos problematizar por verse tentado a caer y recaer en diversos recursos esencialistas. Tal como fue expuesto, el nivel de *lo político* (así como la tópica que lo explica) son pasibles de modificación y desplazamiento al punto de revelarse conceptualmente impertinentes. No obstante, esa delimitación de niveles por algún tiempo seguirá siendo analítica y praxiológicamente productiva: *Pour Marx, Lire le capital e Idéologie et appareils idéologiques d'État* están escritos con la marca althusseriana de los niveles y la huella de la tópica marxista; rechazarlos de plano, sin poder leer su productividad heurística, sería propio de un pensamiento pretendidamente crítico aunque, en los hechos, profundamente dogmático.

Quisiera, sin embargo, atender a la pregunta formulada poniendo el foco en la noción de *práctica política*, por ser ese el concepto utilizado por nuestro autor al momento de hablar de la política. En *Pour Marx* esboza una primera definición partiendo del concepto más general de *práctica*. Entendiendo por ella "todo proceso de transformación de una materia prima dada determinada en un producto determinado, transformación efectuada por un trabajo humano determinado, utilizando medios (de 'producción') determinados". Aclarando, acto seguido, que "el momento determinante del proceso no es la materia prima ni el producto, sino la práctica en sentido estricto" (1983: 136). Siguiendo esta definición, es fácil de reconocer que existen una diversidad de prácticas diferentes entre sí pero pasibles de ser articuladas (de hecho sólo existen como tales de manera articulada) en una *totalidad compleja*, en un *todo sin clausura*. Althusser llamará *práctica social* a la unidad compleja de prácticas existentes. Como se sabe, la práctica determinante en última

instancia es la de la producción material/económica. Pero añade Althusser que además de la producción, la práctica social “encierra *otros niveles esenciales*: la práctica política (...) que transforma su materia prima, las relaciones sociales, en un producto determinado (nuevas relaciones sociales)” (í.d.), también la práctica ideológica, y por último la práctica teórica. Hasta aquí, no estaríamos habilitados a pensar a la política en su rol de fundación y destitución. Ya lo dijimos, la determinante es la producción económica articulada de manera compleja con las restantes.

Pero cabe pensarlo de otro modo y es ese, creo, el intento de Althusser por señalar *el carácter irremplazable de la práctica política* por sobre las otras prácticas, en su capacidad originaria por desplazar los límites prefijados de cada nivel de una formación social; esto es, su capacidad para *abrir* toda relación social configurada y pretendidamente clausurada en su sentido. Es en esta clave que Balibar en su contribución a *Lire le capital* (2004a), afirmaba que la modalidad de la intervención de la práctica política, en vez de conservar los límites y de producir efectos sobre su determinación, desplaza y transforma esos confines. Por eso también insistía en que la figura de la *correspondencia* no era pertinente para empresas como la nuestra, debiendo pensar siempre bajo la forma del *desajuste* y la *no-correspondencia*. En el mismo sentido, aunque de manera más sugerente, Althusser nos preguntará:

¿Cómo dar cuenta de la necesidad de pasar por el nivel distinto y específico de la lucha política, si ella no fuera, aunque distinta y en tanto que distinta, no simplemente un fenómeno, sino la condensación real, el punto nodal estratégico, en el cual el todo complejo (economía, política e ideología) se refleja? ¿Cómo dar cuenta, finalmente, del hecho de que la necesidad misma de la Historia pase de manera definitiva a través de la *práctica política*, si la estructura de la contradicción no hace posible esta práctica en la realidad concreta? (1983: 179)

Es por eso que Althusser insistirá por aquellos años en la importancia de ese tipo de determinación muy peculiar, esa *sobredeterminación* de la contradicción marxista que le daba su especificidad. Porque es mediante ella que estamos habilitados a dar cuenta

teóricamente de la práctica política (y agregará también Althusser, de la práctica teórica): sólo ella permite entender las variaciones de un todo complejo. Pues,

si no se asume (...) este tipo de determinación tan particular, es imposible pensar jamás la posibilidad de la acción política, la posibilidad de la misma práctica teórica, es decir, con toda precisión, la esencia del objeto (de la materia prima) de la práctica política y teórica, es decir, la estructura del 'momento actual' (político o teórico) al que se aplican estas prácticas (Ibíd.: 174).

Continuamos leyéndolo:

es necesario agregar que, si no se concibe esta sobredeterminación, es imposible dar cuenta teóricamente de la realidad simplemente siguiente: del 'trabajo' prodigioso de un teórico como Galileo, Spinoza o Marx, y de un revolucionario como Lenin y todos sus hermanos, que han consagrado sus sufrimientos, cuando no su vida, a resolver estos 'problemas': *elaborar una teoría 'evidente', hacer una revolución 'inevitable', realizar en su propia 'contingencia' (!) personal la Necesidad de la Historia, teórica o política, en la que pronto el futuro vivirá muy naturalmente su 'presente'* (Íd. Resaltado propio, todas las puntuaciones y los signos dibujados en el texto son de Althusser).

De ahí se desprende una particular manera de comprender la relación entre tiempo histórico y práctica política. Porque sólo mediante esta última podemos dar cuenta de la necesidad misma de la historia, sólo con ella podemos movernos entre el par contingencia/necesidad sin apresurarnos a afirmarnos de manera igualmente esencialista en uno u otro de los extremos de la cadena. En este terreno, además, la práctica política no se reduciría (de hecho, siempre escaparía) a la distinción entre reproducción y transformación, así como tampoco se reduciría a la distinción entre identidad y cambio. La clave estaría en comprenderla como aquella práctica que necesariamente excede la tensión entre lo instituido y lo instituyente: ella no es sino las dos al mismo tiempo en que es ninguna de ellas. Lo que importará pensar a partir de aquí no es la tensión entre dos campos

de fuerzas -uno de perpetuación y otro de desplazamiento- sino que deberemos pensar ese perpetuo desplazamiento en el que se juega cualquier política¹⁷.

La historia, diría Althusser ya en soledad hacia 1982,

no es más que la revocación permanente del hecho consumado por parte de otro hecho indescifrable a consumir, sin que se sepa, ni de antemano ni nunca, dónde ni cómo se producirá el acontecimiento de su revocación. Simplemente llegará el día en el que los juegos estén por redistribuirse, y los dados estén de nuevo por ser lanzados sobre el tablero vacío (2002: 39).

Semejante afirmación con su fuerza inherente sólo puede ser comprendida si evitamos la tentación de pensar aquel hecho a consumir en el tiempo del futuro simple; en ese tiempo del *siempre más adelante* en el que el acontecimiento ocurrirá en otro momento, siempre futuro. Por el contrario, esa '*revocación del hecho consumado*' no acontecerá, sino que *no deja de acontecer entre nosotros*; ese '*a consumir*' sólo puede entenderse como parte de este *nuestro presente*. '*Siempre llegará el día*', no es la espera a un día más oportuno sino que *es siempre el momento nuestro de cada día*.

Llegado a este punto, no se trata de afirmar irreflexivamente que *todo es política*, aunque tendamos a sentirlo así. Quisiera afirmar -siguiendo libremente algunas consideraciones de Michel Foucault en *L'archéologie du savoir* (2008)- que la intervención althusseriana se encuentra en el pasaje de una política restringida, entendida como un nivel específico de una formación social a una política general. Puesto que al afirmar la autonomía de la política, deberíamos descreer de la irreductibilidad de esferas, dimensiones o niveles que se pretenden diferenciados, derribándose la posibilidad de concebir a la política de manera *restringida*, es decir como un nivel particular de una formación social más amplia sobre la cual no se puede decidir más que por un juego

¹⁷ En esta clave, Balibar ha afirmado que "el problema histórico básico no es nunca un dilema entre identidad y cambio; este emerge en realidad siempre como un problema acerca de *qué cambio deviene efectivo*" (Balibar, 1992: 118. Traducción de E. D.).

controlado y prescrito en su origen y en su final. Pero también deberíamos ser conscientes del peligro de caer en la tentación de una *política global* en la que una misma historicidad de un pretendido *centro político* arrastrase a las estructuras económicas, las estabilidades (o inestabilidades) sociales y las mentalidades, y sometiese todo a un mismo tipo de transformación. Deberíamos afirmar, con mayor precisión, que en el registro en el que estamos trabajando, algo así como una política global desde la cual todos los fenómenos deberían ser definidos sería improbable. Más aún: imposible. Porque ese centro que sería la política *no es un punto y no está fijo*. Sería mejor entonces hablar de una *política general*, ya que *ella se desplegaría en el espacio de una dispersión*. Ese trabajo de diseminación y su eventual condensación, es lo que Althusser entendía como la dinámica constitutiva de la política. En el terreno donde la contingencia y la necesidad no agotan el mapa de lo posible, desplazamiento y fundación son las dos caras entre las cuales la política vive.

Nombres de la política

Sería desacertado pretender realizar una síntesis de lo dicho, menos en un intento como el que acaba de pasar por enfrentarnos a las formas de la *Aufhebung* hegeliana y sus tentaciones marxianas. Menos aún, si reconocemos que no habría conclusión de este artículo precisamente por haber intentado sugerir el desplazamiento de la empresa althusseriana para dar cuenta del sentido que recorre ese entrelazamiento de la *contingencia* y la *necesidad*, así como el de la política entre su rol de *fundación* y *destitución*. Debí partir del enfrentamiento entre Marx y Hegel, tal como Althusser lo entendió, y de una hipótesis explicativa de tal enfrentamiento: *en el terreno de la dialéctica hegeliana no había política posible ni pensable, precisamente porque todo se inscribía en una historia ya escrita de antemano*. Esa afirmación resultaba importante porque lo que se discutía no era sólo cierta interpretación de un filósofo sino fundamentalmente la capacidad del marxismo para dar cuenta de la política.

Althusser consideraba que lo que se había revelado caduco era la posibilidad de pensar al marxismo como una filosofía de la historia, es decir, como una teoría cerrada y escrita de antemano. Esto constituía un problema de primer orden porque dentro de ese esquema no había lugar para la política -la cual, como Althusser sospechaba con su insistencia en la figura del *vacío*, requiere siempre de un *lugar*-. Ahora bien, ese no era un problema exclusivo del marxismo sino que era, más en general, un índice de la crisis de la política toda en el último fin de siglo (Palti, 2005). Existiendo así una (compleja) contemporaneidad entre la crisis del marxismo y la crisis más general de los saberes propios de la modernidad. Pero en ese *instante de peligro* la investigación althusseriana posibilitaba la expansión del potencial de sentido de la política frente a visiones que pretendían reducirla en su concepto, al tiempo que habilitaba procesos de politización - de diseminación y de condensación- que de otro modo quizás no podrían ser concebidos.

Hemos encontrado sugerentemente que sobredeterminación y politización aparecen como sinónimos y a la vez como dinámicas que se potencian una a la otra, una en la otra. Frente a una realidad ya desde siempre dislocada y sobredeterminada, la política aparece como la generadora de nuevos descalabros porque ella resulta siempre una práctica en exceso frente a lo dado, politizando así los diversos factores y órdenes de la vida, esto es, pervirtiendo, subvirtiendo, corrompiendo el orden (pretendido) natural de las cosas. Pero por otro lado, aparece como el único momento pasible de ordenar, de manera precaria, este descalabro; emergiendo como práctica articuladora de fragmentos dispersos y en tanto tal como esfera, espacio o momento fundante de todas las relaciones sociales, en ausencia de un fundamento último.

Por eso fue preciso articular la pregunta por la política con un recorrido por aquellos conceptos abordados de manera desigual y transicional por Althusser en la década del sesenta: *sobredeterminación*, *causalidad estructural* y *práctica política*. Cada una de esas figuras en su emergencia venía a solaparse con la otra, diciendo algo más y algo menos que la anterior. Pero no como si con cada uno de esos conceptos se pretendiera dar cuenta de

un aspecto de la política, sino más radicalmente como si con cada uno se descubriera al tiempo que una aproximación, una imposibilidad por asir de una vez y para siempre aquello en lo que nos encontramos perdidos: la política y su sentido. Así, la *sobredeterminación*, la *causalidad estructural* y la *práctica política* llevan a su modo los nombres, los lugares y las imágenes de una política que no se deja reducir al encorsetamiento del pensamiento hegemónico -marxista o anti-marxista-, sino que está más bien (y desde siempre) allí donde el pensamiento sobre la política puede abrirse a su impensado.

Referencias

Althusser, L. y Balibar, É. 2004. *Para leer el capital*. México: Siglo XXI.

Althusser, Louis. 1979. *Montesquieu, la política y la historia*. Barcelona: Ariel.

Althusser, Louis. 1983. *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.

Althusser, Louis. 2002. *Para un materialismo aleatorio*. Madrid: Arena Libros.

Althusser, Louis. 2004. "El objeto de El capital". En Althusser, L. y Balibar, É. *Para leer el capital*. México: Siglo XXI.

Althusser, Louis. 2008a. *La soledad de Maquiavelo*. Madrid: Akal.

Althusser, Louis. 2008b. "Ideología y aparatos ideológicos del Estado" en *La filosofía como arma de la revolución*. Buenos Aires: Siglo XXI

Althusser, Louis. 2013. *Curso sobre Rousseau*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Althusser, Louis. 2014. *On the reproduction of capitalism*. London: Verso.

Badiou, Alain. 1972. “El (re)comienzo del materialismo dialéctico” en *Materialismo histórico y Materialismo dialéctico*. Badiou, A. y Althusser L. Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, nº 8, pp. 9-36.

Balibar, Étienne. 1992. “Structural causality, Overdetermination, and Antagonism” en *Althusser and the renewal of Marxist social Theory*. Berkeley: University of California Press.

Balibar, Étienne. 2004a. “Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico” en Althusser, L. y Balibar, É., *Para leer el capital*. México: Siglo XXI.

BALIBAR, Étienne. 2004b. *Escritos por Althusser*. Buenos Aires: Nueva Visión.

de Ípola, Emilio. 2007. Althusser, el infinito adiós. Buenos Aires: Siglo XXI.

Derrida, Jacques. 1994. “Los fines del hombre” en *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.

Dominguez, Esteban. 2015. “La lección de Maquiavelo. Louis Althusser hacia una resemantización de la política” en *Revista Astrolabio Nueva época*, Córdoba, Nº 14, pp. 336-359.

Esposito, Roberto. 2006. *Categorías de lo impolítico*. Buenos Aires: Katz.

Foucault, Michel. 2008. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Laclau, E. y Mouffe, C. 2008. *Hegemonía y estrategia socialista, hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

Macherey, Pierre. 1974. *Para una teoría de la producción literaria*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.

Macherey, Pierre. 1998. *In a Materialistic Way. Selected essays edited by Warren Montag*. London: Verso.

Marx, Karl. 2002 [1873]. *El capital. El proceso de producción del capital*. Tomo I, Vol. 1, Libro primero. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina.

Marx, Karl. 2005 [1845, 1857, 1859]. *La ideología alemana y otros escritos filosóficos*. Buenos Aires: Losada.

Montag, Warren. 2013. *Althusser and his contemporaries: philosophy's perpetual war*. Durham: Duke University Press.

Morfinio, Vittorio. 2015. "The concept of Structural causality in Althusser". *Crisis And Critique*. Volume 2, issue 2., pp. 87-107.

Palti, Elías. 2005. *Verdades y saberes del marxismo*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica argentina.

Pêcheux, Michel. 2003. "El mecanismo del reconocimiento ideológico" en Zizek, S. (Comp.), *Ideología, un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Spinoza, Baruch. 2011 [1677]. *Ética*. Madrid: Alianza.

Revisado por María Cecilia Ipar

Tramitación del artículo

Sometido: 13/02/2015

Revisiones requeridas: 30/1/2017

Versión corregida: 01/02/2017

Aceptado: 01/02/2017